

Erase una vez... Antonio lopez Garcia



La luz de la ventana cerrada

(Inspirado por la mirada de Antonio López García)

I. El silencio de los días comunes

El reloj de la cocina marcaba las 7:16. No era necesario mirarlo para saberlo: cada mañana, a esa hora exacta, una delgada línea de luz se filtraba por la rendija de la persiana rota del salón. Carmen lo sabía porque llevaba tres años desayunando sola, sentada en la misma silla, viendo cómo el sol se colaba a tientas entre las motas de polvo suspendidas.

La cafetera goteaba con la lentitud de un recuerdo, y el vapor dibujaba formas que desaparecían sin despedirse. Afuera, la ciudad aún no despertaba del todo. Desde su ventana del quinto piso, Carmen observaba el mismo paisaje de siempre: las azoteas con ropa colgada, los cables de antenas enredados como nervios al aire, una maceta caída que nadie recogía desde hacía meses.

Había algo bello en todo eso, pensaba. Algo que no sabría explicar, pero que dolía un poco.



II. Un pintor en el pasillo

Aquel miércoles, al volver del supermercado, encontró a un hombre mayor en el pasillo del edificio. Alto, flaco, con una chaqueta gris y un caballete bajo el brazo. La saludó con un gesto y luego clavó su atención en la pared frente al ascensor.

—Perdone —dijo Carmen—, ¿puedo ayudarle?

—No, gracias. Solo observaba la luz —respondió él, sin apartar la mirada de la pared—. Esta hora es perfecta. Mire cómo el sol cae justo en la grieta de ese azulejo.

Carmen lo miró sin saber qué contestar. ¿La grieta de un azulejo? ¿La luz? A ella le parecía una pared más.

—Voy a pintar esto —añadió el hombre, como si eso bastara para justificar su presencia—. Si no le molesta, claro.

No le molestaba. De hecho, algo en su manera de hablar, tan serena, tan ajena a las prisas de la ciudad, la desarmó. Le sonrió y siguió su camino.

Durante los días siguientes, el hombre regresó a la misma hora, con su caballete, su caja de pinturas, y esa concentración que lo alejaba del mundo. A veces le dirigía un saludo. Otras, apenas la notaba.



III. Lo que nadie mira

Pasaron semanas. Carmen comenzó a detenerse a observarlo. Primero con disimulo, luego abiertamente. No entendía qué pintaba. No había figuras. No había personas. Solo la pared. Pero era una pared como nunca antes la había visto: los tonos ocres del yeso, las sombras suaves que se arrastraban con el paso de las horas, el reflejo de una farola lejana al caer la tarde.

Una tarde, se atrevió a preguntarle:

—¿Por qué esa pared? Hay paisajes mucho más bonitos.

Él sonrió sin girarse del todo.

—Porque nadie la mira. Y sin embargo, ahí está. Todos los días. Sosteniendo el edificio, en silencio. Es como la tristeza: no la ves, pero sostiene muchas cosas.

Aquella frase la acompañó todo el día.



IV. El retrato invisible

Un sábado, Carmen no tenía nada que hacer. Bajó al pasillo y se sentó en el suelo, a unos metros del pintor.

—¿Cómo se llama usted? —le preguntó.

—Antonio —dijo él—. ¿Y usted?

—Carmen.

Se quedaron en silencio. Solo se oía el sonido del pincel, suave, casi un susurro. Luego él dijo:

—¿Sabe que, aunque no pinte personas, usted ya está en este cuadro?

Ella lo miró con extrañeza.

—¿Cómo?

—En la manera en que la luz entra por la puerta que usted abre al volver del supermercado. En la sombra que proyecta su figura cuando pasa por aquí. En el eco de sus pasos.

Carmen sonrió, sin saber si debía sentirse halagada o confundida.

—Entonces también usted está en él, ¿no?

—Quizá —dijo Antonio, y no volvió a hablar en un buen rato.



V. Tiempo detenido

Con los meses, la pintura fue tomando forma. Carmen comenzó a ver lo que antes no veía: la textura de las paredes, la manera en que el polvo se depositaba en los rincones, el color exacto de la baldosa donde siempre apoyaba la bolsa del pan.

Se sorprendió recordando cosas que había olvidado. Su abuela tenía una lámpara igual a la del rellano. Su padre pintaba en silencio cuando ella era niña. Su madre tenía esa misma mirada distante cada mañana, como buscando algo que no sabía cómo nombrar.

Era como si Antonio, sin quererlo, le estuviera pintando la memoria.



VI. Última luz

Un día, el pintor no apareció. Ni al siguiente. Ni al otro.

Carmen esperó. Salía con más frecuencia al pasillo. Bajaba las escaleras para ver si lo encontraba. Preguntó al portero. Nadie sabía quién era exactamente. Solo que venía algunos días a pintar, que era educado, y que tenía un aire de otra época.

Una semana después, el cuadro apareció apoyado contra la pared. Cubierto por una sábana blanca. No había nota, ni firma visible. Solo el silencio de las cosas que se despiden.

Carmen retiró la sábana con cuidado.

Y ahí estaba: la grieta del azulejo, la luz derramada como un secreto, el reflejo de su puerta abierta, la sombra alargada de su figura... Todo lo que ella no sabía que formaba parte de su vida.



VII. Lo que permanece

Desde entonces, cada vez que alguien nuevo se muda al edificio, Carmen les muestra el cuadro.

—Lo pintó un hombre que veía lo que nadie más veía —dice—. Decía que en las cosas pequeñas hay universos enteros.

Y, sin saber bien por qué, muchos se quedan mirando largo rato.

La grieta sigue ahí. La luz también. El cuadro, colgado ahora en la entrada del edificio, parece respirar cada vez que alguien pasa. Como si, al mirarlo, uno pudiera entender que la belleza —la verdadera belleza— no está en lo extraordinario, sino en lo cotidiano. En lo que siempre estuvo ahí, esperando que alguien lo viera.

Erik el rojo